

**PIERRE
CASTRO** **YO NO
QUERÍA
ESCRIBIR CUENTOS**
(SOLO QUERÍA CONOCERTE)



Pierre Castro Sandoval

YO NO QUERÍA ESCRIBIR CUENTOS

(solo quería conocerte)



Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Yo no quería escribir cuentos (solo quería conocerte)

© 2019, Pierre Castro Sandoval

Diseño de portada: Departamento de diseño de Editorial Planeta Perú

Diseño de interiores: Giancarlo Salinas

Cuidado de edición: Juan Pablo Mejía

Corrección de estilo: Teo Pinzás

© 2019, Editorial Planeta Perú S.A.

Av. Juan de Aliaga 425, of. 704 - Magdalena del Mar.

Lima-Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: mayo 2019

Tiraje: 1500 ejemplares

ISBN: 978-612-4431-75-3

Registro de Proyecto Editorial: 31501201900604

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2019-07084

Impreso en Cecosami S.A.

Calle 3 Mz. E Lote 11 - Urb Santa Raquel, Ate Vitarte, Lima 3 - Perú

www.cecosami.com

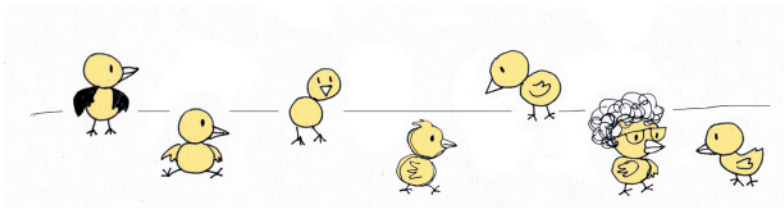
Lima – Perú, julio 2019

Yo no quería escribir cuentos...

Yo no quería escribir cuentos
yo lo único que quería era conocerte
conocerte y criar pollos
después se complicó todo
siempre se complica

Todos pensaron que criar pollos era estúpido
entonces tuve que escribir cuentos
para que entendieras mis porqués
pero que conste
yo solo quería conocerte

Conocerte
y criar pollos



Chancletazos



Esa es mi mami conmigo en brazos. Vamos a que me reviente a chancletazos por primera vez en la vida. La he dibujado de verde porque ella tiene unos lindos ojos verdes y porque cuando se rayaba se convertía en la novia del Increíble Hulk. Me cuenta mi mamá que por esos días, sin que ella lo supiera, yo había agarrado la costumbre de esquivar carros. Era un maldito engendro. Al parecer me sentaba en la vereda de la calle Bolívar, donde vivía mi abuela en Sullana, y esperaba tranquilo a que viniera uno. Como en los ochentas Sullana era una ciudad pequeña junto al río, no había tantos carros y yo

tenía que esperar un rato. Cuando por fin aparecía uno, me ponía de pie y cruzaba la pista corriendo, cagao' de risa. Los choferes se asustaban y pasaban tocando el claxon, pero sin mayores percances. Mi vieja me pescó un día en que me jugué la vida. Esperé a que el carro estuviera demasiado cerca y corrí. Hubo pánico y pelos parados. El chofer tuvo que meterse una frenada mortal y casi se le voltea el carro. Se bajó furioso y, por supuesto, en vez de gritarme a mí, gramputeó a mi vieja. Mi mamá solo fue al medio de la pista, me levantó con una mano y regresó corriendo a la casa de mi abuela. Me llevaba atrapado como si fuese una pelota de fútbol americano. Yo era el primero de la veintena de nietos que vinieron luego, así que mi abuela y mis siete tíos intentaron arrancarme de las manos de mi madre. Ellos sabían lo que me esperaba, pero no pudieron. Eran como los Avengers intentando quitarle el guante a Thanos, que ya llevaba consigo la Gema del Alma (su chancleta). Mi vieja atravesó toda la casa de mi abuela y se metió conmigo al baño. El baño de mi abuela, lo recuerdo claramente, era un baño de casa antigua de provincia, con las paredes sin tarrajear y un pedazo de madera vieja como puerta. Parecía más una caverna sin luz, con una sola cañería de metal por donde caía un grueso chorro de agua helada. Mi mamá trancó la puerta, abrió el caño y empezó a repartirme jebe por todo el pellejo. Yo no supe si sentía más frío, dolor o miedo. Era la trilogía del horror. Salí del baño bien mojado, lloroso y peinado con raya al medio. Nunca más volví a cruzar la pista corriendo, y por eso he llegado vivo a los treinta y nueve. Seguro que mi mami se quiere morir del roche al leer esto, pero lo he contado porque, después de aquella vez, ella solo me reventó dos o tres veces más. Y ahora comprendo —estoy segurísimo— que cada una de esas veces me lo merecía.

Por lo general, cuando una vieja te revienta, lo hace para que después la vida no te reviente peor. Una mamá siempre te va a atropellar más bonito que un auto embalado. Y verás que algún día vas a extrañar tanto sus besos y su mano entre tus cabellos, como el jebe de sus chancletas con el que te dio de alma para que siempre volvieras vivo a casa.

Pasear calato

Mi amiga Carmen me inboxea desde Barcelona para decirme «¡Ponte ropa!». Acaba de ver el último *selfie* que he subido a mi Instagram. Aparezco calato leyendo *Las palabras*, de Jean-Paul Sartre. Me he permitido ser como una de esas cumbieras intelectuales que logran fusionar el placer de la lectura al flagrante coqueteo virtual. Pero, antes de que dejen de leer y se vayan a mirar mi Instagram, les adelanto que en realidad no estoy calato. Leer a Sartre calato ya sería un abuso de existencialismo, sobre todo considerando el volumen de mi existencia. Pero sí estoy en bóxer, porque estoy en mi jato y porque vivo solo. Cualquier misántropo que haya excluido de sus dominios al mundo sabe que la prenda oficial del hogar es el calzoncillo, de preferencia viejo, para que no apriete. La ropa es un invento del diablo.

Cuando yo era niño, mi padre se paseaba en sus calzoncillos blancos por toda la casa. Se paseaba como un gran oso polar delante de mi mamá, de sus hijos y hasta de Mechita y Juanita, las sorprendidas hermanas que nos cocinaban y cuidaban. En defensa suya debo decir que Talara es una ciudad que quema como poto de mototaxista. Por eso, además de la calatería, mi padre había abierto una heladería que al

principio se llamó Chupetes Pierre, luego Chupetes Venecia, después Tío Rico y, al final, Cremoladas Yum-Yum.

La chupetería quedaba junto a nuestra casa del parque 5-17, de modo que bastaba cruzar una puerta en el patio para entrar al ronronear de las batidoras y congeladoras, a los frasquitos de vainilla apilados, a las cajas de maní y pasas que coronaban los chupetes, a las cáscaras de tamarindo recién pelado y al adictivo olor que brotaba de una gran pila de bolsas de leche Enci listas para ser batidas y congeladas. Mi padre cruzaba ese umbral todo el día y siempre lo hacía en calzoncillos. Recibía a sus veinte o treinta heladeros en calzoncillos; en calzoncillos anotaba el número de helados que habían vendido; en calzoncillos les pagaba; en calzoncillos se acercaba a mi tío Fernando, que tostaba manís en una paila, o a Segundo, que parchaba la llanta de una carreta averiada; en calzoncillos se paraba junto al portón de su chupetería a mirar el barrio; en calzoncillos se comía un chupete; en calzoncillos contaba un chiste; y en calzoncillos volvía a casa.



Todos los heladeros (al menos a mí me lo parecía a mis ocho años) lo trataban con cariñoso respeto y le decían «¡Hasta mañana, don Raúl!». Tal vez por eso yo crecí convencido de que el respeto era algo que no tenía que ver con la ropa, pues si mi viejo podía conservarlo aun en calzones, entonces era evidente que la corbata y los zapatos no tenían nada que ver. Es un poco extraño porque cuando mi viejo no estaba calato, cuando usaba terno, por ejemplo, era muy prolijo y cuidadoso. Siempre llevaba los botones bien puestos, un pañuelo limpio y nunca dejaba que nos fuéramos al colegio con los zapatos sin lustrar.

Cuando a los trece años dejé de vivir con él para venir a Lima y tuvo que ver cómo yo me dejaba crecer el pelo y usaba jeans viejos y zapatillas cada vez más rotas, se volvió un poco loco. Hasta hace un par de años todavía me llevaba al peluquero cada vez que nos veíamos. «Ya, vamos para que te saquen un poco de lana», me decía. Yo accedía más por verlo feliz que por otra cosa. Pero, mientras el peluquero me esquilaba, pensaba en que todos los intentos que mi viejo hizo para que yo me viera como un tipo decente nada podían contra esa primera lección que me dio al andar calato por la vida. Yo era un niño de ocho años, pero entendí bien el mensaje: lo primero era estar cómodo con quien tú eras. Tal vez si tú te aceptabas, el resto te imitaría. Y el respeto era algo que duraba más si se construía con la forma en la que tratabas a los demás y con el empeño que le ponías a tus helados que con pantalones y corbatas.

Leía ayer en el *Diario de un libertino*, de Rubem Fonseca, que la única respuesta inteligente a ¿por qué te hiciste escritor? es la de un tal Montalbán, que dijo: «me hice escritor para volverme alto y bonito». O, como decía Cesar Calvo: «Se escribe

un poema... para poder comer con la mano en los salones si nos viene en gana». Mi viejo preparaba los mejores chupetes de Talara para poder andar por la vida en calzoncillos. Y yo me hice escritor para poder tomarme *selfies* calato con un libro de Sartre en la mano, como una adolescente caliente, y ponerme a escribir cuatro horas de pura pichulada para justificarlo. Como quien mata la tarde, así, por joder.

Salud, viejo.

Escribir es mi forma de pasearme en calzoncillos por el mundo.